

Atocha; ignora que hay un Ateneo médico en Madrid; en su casa no quedan señales de un solo libro. Laviña compró en dos reales el último que le quedaba.

Y así pasan años y lustros. Cuando los padres ó amigos de Clotilde le preguntan por sus estudios, contesta invariablemente:

— Sólo me falta una asignatura.

Al final de la escena, debiendo algunos miles de duros, conocido ya de quinientos acreedores, despedido de Fornos por el ilustre Cirilo, sin recibir dinero de sus padres, y habiéndose bebido toda la leche que ordeñaron sus hermanas, torna á los patrios lares para exhibirse en la plaza de Armas, asistir á los bailes de la *siudá*, *desbaratar* los que se celebran en el campo y dárseles en todas partes de patriota integérrimo con murmurar, á traición y á mansalva, de *El Carnaval en las Antillas*, artículo que no leyó él, ó, si lo leyó, no lo entendió seguramente.

El padre dice á sus amigos:

— He gastado en mi hijo ocho mil pesos para hacerle aspirante á licenciado de presidio.

Y las hermanas, no teniendo vacas que ordeñar, se casan « por detrás de la iglesia ».

EL SEÑOR ESTÁ SERVIDO

I

Monsieur Gremieux es, por temperamento y por sistema, un hombre máquina, un cronómetro que anda en dos pies. No siente nunca; calcula siempre; las manecillas del reloj informan los actos todos de su vida.

Monsieur Gremieux se levanta del lecho á las siete de la mañana; se baña con agua fría y pone la cabeza á disposición de un Deibler peluquero, que le afeita la barba y le riza el cabello después de fricciónárselo con agua de Lubín; se desayuna con café, bollos y manteca de Nantes; lee en seguida *Le Matin*, fijándose particularmente en la sección titulada *Bourse de commerce*, fuma un habano y escribe algunas cartas. Á las doce menos cuarto toma un cocktail, y á las doce en punto entra en el comedor á la voz de un criado, que le dice humildemente:

— El señor está servido...

Después del almuerzo, conversa monsieur Gremieux con algún amigo, ó juega con él una partida de ajedrez. Á las tres, á la calle : otra partida, un rato de murmuración y de vez en cuando un paseo. Compra un diario de la tarde y vuelve á su casa en punto de las cinco. Hasta las siete menos cuarto, ¿qué hacer? Monsieur Gremieux elabora estadísticas por amor al arte, y las remite á un periódico; verbi gracia : « La exportación de la cerveza alemana, que subió en 1886-87 á 1.071.000 hectolitros, ha bajado en cuatro años á 626.000 hectolitros. La disminución es de 42 por ciento. » Ó escribe un anuncio para el *Petites Affiches*; por ejemplo : « Un comerciante casi gordo, sesenta y un años, 8.000 francos anuales, se casaría con una señora, prefiriéndola entrada en carnes. Dote seria. »

Á las siete menos cuarto, otro cocktail, y á las siete en punto la sacramental frase :

— El señor está servido...

Después de comer, la misma cosa que después de almorzar : un poco de charla con un amigo. Á las diez se mete en la cama monsieur Gremieux; á las diez y un minuto, ronca como un bendito.

No hay acontecimiento humano ni divino que altere un punto esta vida cronométrica. Monsieur

Gremieux vive con el reloj en las manos, prescinde de toda clase de consideraciones y lo sacrifica todo al más ligero movimiento de las manecillas. Tiene su casa en perfecto orden. Si un amigo deja el bastón fuera de la bastonera, monsieur Gremieux se levanta azorado y pone el bastón en su sitio. Si tira inadvertidamente un papelito, monsieur Gremieux va, echando lumbre por los ojos, á depositar el papelito en el cesto. Su condición es de pasta flora, pero se torna irascible contra cualquiera al más ligero intento de descabalar una sola de las piezas que forman el tablero de su existencia. Hombre previsor, si jamás los hubo, tiene también reglamentado la muerte: coste del entierro, número de las invitaciones, carrera del féretro, y allá, en Montparnasse, un nicho que le espera con la boca abierta y la correspondiente inscripción fúnebre :

AQUÍ YACE

MONSIEUR GREMIEUX

CONDECORADO CON LA LEGIÓN DE HONOR

Porque esta máquina humana tiene una fibra sensible, la vanidad, que en él vibra ultratumba.

II

Hay, sin embargo, algo que pretende á ratos alterar el método de monsieur Gremieux. Cuando repercute en su despacho una tosecilla seca y estridente, el viejo cronómetro detiene un momento el tic-tac de su marcha y se resigna alguna vez á tocar el timbre...

— No es nada, observa una enfermera; la señorita ha tenido un acceso de tos.

Es su hija, única, que espanta la primavera de la juventud... ¡Y es además tan buena y tan guapa aquella chicuela de ojos grandes y claros que se entornan á intervalos cuando los cruza, alejando tristemente, la sombra de la muerte!... Monsieur Gremieux la quiere con el alma, pero no puede menos de protestar contra ese algo que le estorba. ¡Si él pudiera arreglar los afectos como arregla los papeles de su mesa!... Monsieur Gremieux paga para que asistan á su hija los mejores médicos de París; ha puesto á la cabecera de su cama dos hermanas de la caridad; le ha dado la mejor habitación, elegante, suntuosa, con amplios balcones sobre cuyos cristales se abaten verdes ramajes del boulevard... ¿Qué más quiere? ¡Ah!... Él la enviaría á una casa de salud si no temiera el qué dirán...

La moribunda no se queja, no protesta, no dice nada; ¡pasea por él los ojos, grandes, claros, atónitos, como buscando en su corazón una flor nutrida con savia de paternal ternura, sobre la cual pudiera posar el vuelo de niña huérfana y fugitiva sobre la tierra!...

III

Bañado, afeitado y desayunado, monsieur Gremieux acaba de entrar en el despacho, cuando llama su atención un papelito que no vió en el suelo la criada.

— ¡Qué desorden de casa!

Si él la barriera, no habría, no, semejantes papelitos...

Ya se dispone á llamar y regañar á la criada.

Pero la enfermera le interrumpe, entrando sin pedir permiso. Hay un motivo que justifique tanta infracción de puertas.

— La señorita se muere...

Monsieur Gremieux corre desolado y llega á tiempo de cerrarle los ojos que le miran con asombro. Luego abre el reloj: las ocho menos dos minutos. Dentro de la habitación, tristonamente aunque espléndida, cae por fin la sombra de la muerte, mientras se levanta un sol otoñal espar-

ciendo la vida sobre los ramajes del balcón...

Una hora después no es conocido el cuarto. Se han recogido los trajes dispersos, los *bibelots*, los caprichos de tocador, hasta un polichinela que guardaba de niña la pobre joven. Todo está limpio y desinfectado de arriba abajo. Sobre los encajes del blanco lecho se destaca, más blanca todavía, la cara de la muerta, y sobre la mesa de noche, encima de un plato, el azahar de un ramito.

Á las doce en punto, monsieur Gremieux entra en el comedor á la voz del criado que le dice con su habitual humildad:

— El señor está servido...

CORINA

I

Cuando Gustavo vió, desde la cubierta del vapor *Louisiane*, la ciudad de Saint-Thomas, paró tal, que cualquiera le habría dado una carta de recomendación para el doctor Ezquerdo... Y cuenta que á Gustavo nada hasta entonces le admiró en la tierra; pero, en este caso, dicho sea en honor de su pesimismo, había motivo sobrado para asombrarse.

Las viviendas de la isla danesa, enclavadas en la movediza arena, suspendidas en las cumbres de los montes, o en las vertientes de los riscos, tienen los colores de carnavalesca estudiantina. La naturaleza es ardorosa cual ninguna otra, y la vegetación se exhala en extravagantes flores de hojas aterciopeladas y embriagadores aromas. Pueblan el cielo muchedumbres de pájaros que ostentan en sus plumajes los tornasolados cam-

biantes del arco iris, é insectillos de luz surgen de la espesura de los bosques para ascender por los aires como luminarias que brotaran de las profundidades de la tierra. Banderas y banderolas de vivos dibujos adornan de día las azoteas de las casas, y de noche arrulla el sueño de sus habitantes quejumbroso sonido de acordeones tañidos por los marineros de los buques anclados en el puerto.

En las orillas del mar, conchas lucientes abren sus rojos labios para recibir en ellos húmedos y sensuales besos, y lindando con el horizonte aparecen enanas las montañas ataviadas con mantillas de blancuzca niebla. Dentro de la ciudad, abigarrada multitud de extranjeros invaden los jardines para gustar en ellos vino espumoso escanciado en copas de caprichosa forma, y vagar luego en medio de aquella naturaleza descocada, henchida de sensualismo, lujuriosa, excitante, donde lúbricas bacantes de color de ébano, tendidas voluptuosamente bajo los árboles en mullido lecho caldeado por la canícula, de flores abatidas por el aire y marchitas por el fuego, arquean los labios y abandonan muellemente las desnudas formas.

Ese pueblo de filigranas que duerme con careta y botas de montar, para preservarse de un ejér-

cito de mosquitos que asalta las camas y levanta en alto á los durmientes, haciéndoles ronchas y picaduras, fué en remotos tiempos foco de piratería: en él hizo sus más sonadas hazañas el famoso Barbarroja, Han de Islandia civilizado, pánico de las buenas gentes, bu de los chicuelos y rey de hecho de la isla de Saint-Thomas.

II

En una cabaña hecha con palmas de coco y cañas de bambú, vivía en Saint-Thomas una chica muy bonita, de nombre Corina, que, nacida del maridaje de francés é india, unía á las chispeantes gracias de la francesa la hermosura un tanto agreste, pero espléndida, de la que despertó á la vida en medio de los bosques de América.

Su padre, incrédulo en materia religiosa, no estaba por bautizos oficiales; y así, no bien nació ella, la roció con vino del Rhin, y le puso por nombre Corina, nombre de gata y de perra, muy usual entre las mujeres de Saint-Thomas, pero que á él le sonaba á romántico y le sabía á poesía pura.

Cuando apenas el sol alegre y bravucón salía con su uniforme de luz y oro por las calles de Saint-

Thomas á contemplar la gran parada de los astros, y los colibríes y turpiales, en sus aligeros vuelos, rozaban las flores para teñirlas con el color de sus alas, salía Corina á la campiña guiando sus cabritillos sin mancha, que triseaban en la menuda hierba.

Tenía, como Marianella, por único espejo las aguas de un arroyo, y al asomar á él su cabecita, maravilla de hechizos que, á ser vistos por los santos del calendario, ninguno fuera para veneración nuestra, reflejaba al arroyo muchas caras de ángeles, y parecía formada su corriente por ramilletes de rosas y claveles.

Así, medio desnuda, inclinada hacia las aguas del arroyo, hubo de contemplarla Barbarroja, que robaba el oro á los hombres y el amor á las mujeres, y le entraron deseos de Corina, tales que olvidó el robo para dedicarse á hacer el oso.

No contaba el pirata con la repugnancia que su menguada persona le causaba á Corina, perdida además de amores por Gustavo, real mozo y poeta tan excelente que, antes de llegar él á Saint-Thomas, llegó la fama de su inspirado estro...

¿Habéis visto; lectores, hermosísimo castillo artificial, todo colores, todo luz, del cual se desprenden mil luminarias, ora en forma de lúcidas bombas, ora de chispeantes estrellas; ya de rosetas

violáceas, azules ó verdes, ya en fin, de arroyo ígneo que asciende por los aires, borda los celajes del firmamento, ilumina el cielo y cae, por último, como menuda lluvia de oro sobre el espectador de una de esas fiestas solemnes, en las que el hombre intenta trocar la noche en día, como si no fuera más bella la luz del crepúsculo de la tarde que la luz del crepúsculo de la mañana?... Pues así de bonitos, como el castillo, le parecían los versos de Gustavo á Corina, que no era bachillera, pero sentía el arte, y adoraba en ellos, haciéndoselos repetir muchas veces con gusto de él, que se daba por bien servido con que Corina los oyese y le refrescara los labios con un beso, en vez de darle agua y azucarillos...

De poesía en poesía y de beso en beso, ello fué que una de las noches estivales del suelo americano pasaron Corina y Gustavo á mayores vías de hecho. Cayó ella, sin lucha ni resistencia: amaba sólo; no podía pensar ni calcular, y dejó sobre las flores de la campiña, gemelas de ella, la virginidad del cuerpo...

Bien sospechaba Barbarroja lo ocurrido, que á él nunca le pareció que iban con *buen fin* los versos de Gustavo, y la idea del *sucedido* le consumía el cerebro y le amargaba el alma, porque el pirata no creía, como cierto filósofo chino, que la

mujer no es de jabón, para gastarse, entendiéndose, bien al contrario, que era formada así como las espumillas de jabón que suelen hacer los chicos, las cuales al más ligero soplo del aire se desvanecen, ó del tejido de la sensitiva, que al menor roce languidece y muere, ó como las ilusiones, tan bonitas de lejos, que pierden sus mágicos cambiantes si se las ve de cerca.

Mucho lloró él, luego que se lo confirmó un revisero de *La Correspondencia* de Saint-Thomas, el desliz de Corina, que bien la quisiera para sí pura como la fuente Cibeles; pero la amaba tanto que se avino á recoger lo que buenamente quedara de la hermosura; y para no dar lugar á más versos ni á más besos, la arrancó de la cabaña de palmas de coco para encerrarla entre los muros inaccesibles de su castillo.

Entristeci6se el valle, balaron con angustia los cabritillos, los medrosos campesinos se alejaron de la solitaria cabaña, y la abundosa y cristalina agua del arroyo, como Corina no se miraba en ella, torn6se escasa y turbia.

Vivía ella entre sedas y pedrerías, y vestía trajes del más delicado raso, guarnecido de oro, que dejaban entrever sus formas por la abertura hecha de intento en la extremidad de la falda.

En aquel volcán de sedas, se encendían los de-

seos pecaminosos del pirata, que en vano lloraba desdichas, imploraba piedad, conminaba castigos y fulminaba rayos de amor y odio por los enrojados ojos.

Una noche sombría y tempestuosa, en que el viento penetraba chirriando por los intersticios del castillo, y la tierra y el cielo se daban un abrazo de muerte, revolvi6se Barbarroja en el lecho, hostigado por el demonio de los celos. Creía oír á lo lejos versos muy bonitos, chasquidos de besos más bonitos aún, suspiros voluptuosos... En el paroxismo del furor, asaltó el camarín de Corina, arrastrándola consigo á una nave pronta á recorrer el mar, y como si quisiera desafiar la tempestad, abandonándose á merced del embravecido oleaje, tendió al viento todas las velas.

Algunos marineros, centinelas de los buques anclados en el puerto, vieron, á la luz de los relámpagos, primero la blanca estela de una nave que corría á toda vela sin rumbo fijo, luego, allá en la popa, dibujadas las sombras de un hombre y de una mujer, airado y fiero él, suplicante y llorosa ella, sombras que tocaban el cielo ó se hundían en el mar, según el balance de la nave que corría, corría, cual si impulsada por el genio de la locura fuera en pos del infinito...